

JACKIE HILL PERRY

El Dios santo

CÓMO LA SANTIDAD DE DIOS NOS AYUDA A CONFLAR EN ÉL

PRÓLOGO *por* CHARLIE DATES

BH
ESPAÑOL
NASHVILLE, TN

El Dios santo: Cómo la santidad de Dios nos ayuda
a confiar en Él

Copyright © 2021 por Jackie Hill Perry

Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Diseño de portada e ilustración: Matt Stevens

Director editorial: Giancarlo Montemayor
Coordinadora de proyectos: Cristina O'Shee

Clasificación Decimal Dewey: 231.4
Clasifíquese: ATRIBUTOS DE DIOS/FE/SANTIDAD

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

A menos que se indique de otra manera, todas las citas bíblicas marcadas NVI se tomaron de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc.®. Usadas con permiso.
Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.
Usadas con permiso.

Las citas bíblicas marcadas NTV se tomaron de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010.
Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América.
Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960*® © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas.
Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960*® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

ISBN: 978-1-0877-4003-4

Impreso en EE. UU.
1 2 3 4 5 • 24 23 22 21

A mis hijas, Eden, Autum y Sage.

Esta obra no fue escrita para ustedes
sino alrededor de ustedes.

Mientras jugaban, yo estudiaba y meditaba
en la naturaleza de Dios. Mientras estaban en
la escuela o en sus habitaciones, yo escribía tanto
como podía. A veces, me interrumpían con el deseo
de decirme o mostrarme algo, y fuera lo que fuera,
pensaba: *Esto también es santo*. Hay una pureza
infantil en la forma en que me buscan
para la mayoría de las cosas.

Mi oración es que lo que está escrito a continuación
sea lo que me han visto obedecer, de manera que,
cuando tengan la edad suficiente para leer las palabras
de Mamá y entender al Dios santo que explican,
y si toman la decisión de ser como Mamá,
mi ejemplo las lleve a parecerse más a Dios.

Reconocimientos

Preston, Madre y Dana, gracias

Austin, Devin y Ashley, gracias

Padre, Hijo y Espíritu, gracias

Contenido

Prólogo de Charlie Dates	xi
Introducción	1
Capítulo 1: Santo, santo, santo.	11
Capítulo 2: Santo, santo, santo: Perfección moral.	33
Capítulo 3: Santo, santo, santo: Trascendencia.	65
Capítulo 4: Dioses impíos: Idolatría.	85
Capítulo 5: Justicia santa.	109
Capítulo 6: ¿Santo cómo?: Una visión santa.	131
Capítulo 7: ¿Santo cómo?: Contempla, nos transformamos	157

Prólogo

LAS PERCEPCIONES PROFUNDAS SOBRE el carácter de Dios no vienen sin grandes pruebas. Pregúntale a Moisés. Se pasó la mayor parte de 40 años estigmatizado, hasta que se encontró con Dios junto a aquella zarza ardiente. Su vida en el páramo fue más un desierto personal y profesional, que una dirección en los confines de la desolación. Sin embargo, parte de la mejor revelación sobre Dios vino a expensas de su desierto personal.

Pregúntale a Rut. Una moabita despojada de su familia, en la condición marginada de la mujer del siglo vi, pero decidida a ver cómo se llevaría a cabo la providencia. Su historia y su linaje nos obsequian partes del misterio de Dios en el lienzo de su lucha.

Nadie experimenta revelación sin un gran costo. A veces, la tarifa es nuestra propia transgresión. Pregúntale a David. En algún momento entre Betsabé y Absalón, su vida se transformó en el estudio para las melodías celestiales.

EL DIOS SANTO

Gran parte de la música piadosa que cantamos hoy se remonta a su trompeta de tribulación.

Pregúntale a Jackie. El libro que tienes en tus manos fue forjado a través del tiempo y las pruebas. Jackie pagó para escribirlo. A veces, su abatimiento se filtra a través de la tinta de estas páginas. Ninguno de nosotros llega a amar profundamente a Dios, a verlo con claridad, sin primero tener un despertar a nuestra depravación interior, lo cual puede llevarnos a una mayor apreciación de la santidad de Dios. Algunas de las mayores riquezas de los tesoros que encontró se esconden aquí a plena vista.

Toda era necesita su propio profeta de la santidad; una especie de invitación viva a maravillarse de la belleza de la santidad de Dios y de la santidad de Su belleza. Es esa última parte la cual se apodera de mí: la santidad de Su belleza. Nuestra cultura está cegada con imágenes de una majestad efímera. Nos decepcionamos con tanta facilidad. El resplandor del oro desde Wall Street hasta las avenidas principales vuelve a convocar a cada generación. Sephora y MAC hacen todo lo que pueden por esconder las manchas y las arrugas de nuestros rostros cansados. La fama y la influencia quieren adueñarse de nuestra devoción. Los seres humanos estamos en busca de una belleza que no palidece, solo para descubrir que sí falla.

PRÓLOGO

Aunque necesitamos un profeta de la santidad, ahora no es el momento para un moralismo vacío e irrelevancias religiosas. Ninguna de estas cosas es suficiente para sostenernos o satisfacernos. Demasiados de nuestros sermones y libros, ya sean conservadores o liberales, no son más que manifiestos morales disfrazados de exégesis académicas. Nos cansamos rápido de los mandamientos fríos. Necesitamos una visión más grande de Dios, incluso si la ventana desde la cual lo vemos es pequeña.

Este libro es una visión amplia desde una ventana angosta. Sin embargo, quiero advertirte algo. El enigma complejo de la santidad de Dios es literalmente indescriptible. Nuestros mejores intentos son apenas imágenes antropomórficas, metáforas para descifrar el misterio. La verdad es que las palabras no alcanzan. A Dios hay que experimentarlo. Esa, amigo mío, es una propuesta temible. Pocas personas, desde Moisés hasta D. L. Moody, apenas si pudieron contener el gozo tremendo después de un encuentro tal. Así que, prepárate. Las palabras en estas páginas son como los peldaños de una escalera a una vista en la cual el tema es tan glorioso como el objeto. Le dije a Jackie que es una comunicadora habilidosa, pero me asombra que lo que escribe tenga una profundidad similar. Como apologista y especialista en lógica, argumenta a favor de nuestra fe más razonable. Le ha hecho un bien a su

EL DIOS SANTO

generación. Cuando A. W. Tozer escribió que «Dios está buscando hombres y mujeres en cuyas manos Su gloria esté segura», probablemente estaba pensando en una santa absorta como Jackie.

Leí este libro y me quedé con un deseo de más de Dios.

Me volqué a sus páginas con exclamación y aplausos.

No estaba listo para la dicha que me encontró. Aquí lo tienes. Léelo y llora de la alegría.

Dr. Charles Dates, pastor principal de Progressive Baptist Church y profesor afiliado en Trinity Evangelical Divinity School y el Seminario Teológico George W. Truett de Baylor

Introducción

TONI MORRISON DIJO UNA vez: «Si hay un libro que te gustaría leer, pero que todavía no se haya escrito, entonces debes escribirlo»¹. Así que aquí estoy, escribiendo.

Entra a un seminario, examina algún pasillo, pregúntale a tu pastor o a un amigo cuál es su favorito, y todos tendrán un libro «sagrado» para ofrecerte. A esta altura, he leído muchísimos, y la forma de mi alma, la extensión de mi mente y esta obra que tienes en tus manos son la prueba. Honro a personas como G. E. Patterson, John Onwuchekwa, R. C. Sproul, A. W. Tozer, Stephen Charnock y David Wells por haberme ayudado a pensar acerca del tema. Dignifico a canciones cristianas como «*Nobody Greater*» [Nadie más grande], «*Nobody Like You, Lord*» [Nadie como tú, Señor] y «*Nobody Like Jesus*» [Nadie como Jesús] por agregarle melodía. Recuerdo a mi tía Merle, la primera

¹ Ellen Brown, «*Writing Is Third Career for Morrison*», *Cincinnati Enquirer*, 27 de septiembre de 1981.

EL DIOS SANTO

mujer santa que conocí. Reconozco un halo cuando lo veo gracias a ella. Siempre lo lucía. A esa mujer con halo también la honro. Estas influencias han sido buenas para mí, pero incluso con su ayuda, todavía tenía preguntas sobre el tema santo que me presentaron.

No recuerdo el día en que me surgió el pensamiento, ni si mi café era helado o caliente. Lo que sé es que quería una respuesta para lo que pensé y lo que se me ocurrió: «Si Dios es santo, entonces no puede pecar. Si Dios no puede pecar, no puede pecar contra mí. Si no puede pecar contra mí, ¿eso no lo transformaría acaso en el ser más confiable que existe?».

Es probable que, antes de esto, haya pensado en algunas personas y en las razones por las cuales no puedo confiar *en ellas*. Las personas son increíblemente problemáticas, cuando menos. Nacen en este lugar con hostilidad e intenciones inconstantes y, por supuesto, ninguna de ellas (me incluyo) fue creada para esto. Dios nos hizo a Su imagen. Para existir en el mundo de tal manera que cuando nos observe, cualquiera pueda imaginar acertadamente a Dios. Pero cuando añadimos a un demonio inquisitivo, una mujer engañada, la mordida prohibida de un hombre y la ley de Dios rota debido a esto, no nos queda un bien original. Tenemos la herencia generacional de todo lo impuro que hace que todos no se parezcan a Dios. El mismo

INTRODUCCIÓN

impulso que levantó la mano de Adán y demandó el clamor de la sangre de su propio hermano se encuentra en toda persona viva. Creo que esta es la raíz de todas las razones por las cuales no confío en las personas. Sabemos que, si una persona es pecadora, entonces las malas conductas siempre son una posibilidad, y Dios nos libre de acercarnos demasiado y terminar siendo un Abel más. Desconfiamos como una manera de protegernos (a veces, con sabiduría) de la mano elevada del otro y el clamor de nuestra propia sangre. Ya sea que el asesinato sea verbal, emocional o físico, nos guardamos de la posibilidad de los tres, porque hemos visto nuestra propia naturaleza pecaminosa y experimentado suficientes pecados contra nosotros como para saber que los pecadores no son dignos de confianza.

Pero ¿qué me dices de Dios? ¿Es tan negligente como todos los demás? ¿Tiene el potencial de ser tan malo como nosotros? ¿Como Caín y su padre, el primer pecador? De lo contrario, ¿por qué lo tratamos como a todos los demás? ¿No será que hemos confundido al Segundo Adán con el primero, y lo hemos considerado una «mejor» versión de nosotros mismos? ¿No será que pensamos que Su bondad, por más maravillosa que sea, no es consistente? ¿O que Sus mandamientos son verdad solo cuando no duelen? ¿Será que cuando Su instrucción te cuesta un ojo de la cara, o la vida, entonces Él debe

EL DIOS SANTO

estar mintiendo? A lo que intento llegar es a que, en lo profundo de nuestra incredulidad, acecha el pensamiento de que Dios no es santo. Uno de los objetivos de esta obra es probar que «si» no va nunca antes de «Dios es santo». Como lo es, tal como demostrarán los siguientes capítulos, es posible confiar en Él, y deberíamos hacerlo.

Según el escritor de Hebreos, sin fe, es imposible agradecer a Dios (Heb. 11:6). Así que la fe siempre debe ser parte de la conversación sobre cómo interactuar con Él. Sin ella, somos condenados. Con ella, movemos montañas. Sin ella, somos un mar inestable, con dos mentes en un solo cuerpo. Con ella, somos una casa edificada sobre una roca. Cuando los vientos arrecian contra la estructura, esta casa (o debería decir, *nosotros*) no se derrumbará. Tiene sentido que, entre todas las cosas que podría atacar, lo que más busca la serpiente es tirar abajo nuestra fe. Al recorrer las Escrituras, veremos al Dios santo tal como es, para que podamos poner nuestra fe en Él tal como se nos ha revelado. En este caso, la fe no es opcional. Tenemos que confiar en Dios como si nuestra vida dependiera de ello, porque lo hace.

A partir de esta fe en Dios, crece fruto. La santidad aparece en nosotros, haciéndonos dignos de confianza, sinceros, con dominio propio, dóciles, sabios, puros y más. Por más evidente que parezca, nuestros propios esfuerzos

INTRODUCCIÓN

por alcanzar la santificación no siempre se estructuran de esta manera: que la fe en Cristo y todo lo que ha revelado sobre Dios preceden a la santidad. El llamado a una vida santa ha presentado comúnmente la aversión de Dios por el pecado como el principal incentivo para la pureza, en lugar de exaltar al mismo Dios como la razón. Fui criada bajo esa técnica. El predicador se paraba erguido detrás del púlpito para decirme la verdad. Que sin santidad, ningún hombre vería al Señor. Que como pecadora, Dios haría conmigo lo mismo que hizo con Sodoma, lo cual nos llevó a mí y a todo el grupo de jóvenes a una pseudosantidad inducida por temor.

El problema evidente tiene dos aspectos: No se me proporcionó una visión del Dios santo que explicara Su valor infinito, y se me negó el gozo de lo que sucede cuando Dios mismo es el incentivo para el arrepentimiento. Tampoco se me entregó una pala y se me animó a cavar debajo de mis pecados para ver qué había, para darme un contexto y saber por qué pecaba como pecaba.

El suelo en el cual crece todo pecado es la incredulidad. Pecamos porque esa es nuestra naturaleza, pero no siempre pecamos de forma accidental, como si fuéramos robots corruptos y sin la capacidad de comportarnos con cordura. Somos deliberados en nuestra rebelión. En nuestro interior, hay un grado de razonamiento cuando decidimos a

EL DIOS SANTO

qué becerro de oro amaremos determinado día. Dicho esto, el fundamento de nuestra idolatría, el pecado que engendra todos los demás pecados, es una creencia específica sobre Dios. Nuestra ética sexual perversa, la lengua indómita, la superioridad religiosa, los pensamientos oscuros, la postura legalista, las costumbres maliciosas, la impaciencia, los caprichos ambiciosos, la arrogancia intelectual y las tendencias rebeldes surgen de lo que creemos sobre el Dios vivo. No me refiero a la tentación de cometer estas cosas, sino a la práctica. Somos culpables de una o todas las anteriores cuando tomamos la decisión de no creer, confiar, reconocer o depender de aquello que Dios nos ha revelado sobre sí mismo de alguna manera.

Tomemos al joven rico, por ejemplo, que se acerca a Jesús con una pregunta necesaria: «¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» (Mar. 10:17-22; Mat. 19:16-22; Luc. 18:18-23) Hay algo admirable sobre este rico sin nombre, en el sentido de que quería saber cómo vivir para siempre, pero fíjate cómo se dirigió a Aquel que lo sabía. Llama a Jesús «Maestro bueno». Ignorando el «Maestro», Jesús indaga en su aplicación superficial de «bueno». «¿Por qué me llamas bueno? [...] Nadie es bueno sino solo Dios». La repercusión es evidente. El rico tiene una pregunta para un maestro al que considera bueno pero no Dios. Esta convicción es tan auténtica para el rico que

INTRODUCCIÓN

le habla con sinceridad al Dios encarnado, el único que es bueno, cuando dice que ha cumplido Su ley, como si quisiera decir que él también es *bueno*. Lo que piensa de Jesús impulsa su autopercepción, lo cual prepara la escena para su negativa a vender todo lo que tiene de manera que Jesús pueda ser su máximo tesoro. Si Jesús es tan solo bueno pero no es Dios, entonces el mandamiento a seguirlo es opcional. No solo eso; si Jesús es bueno pero no es Dios, entonces, estrictamente hablando, no es *mejor* que todo lo que le sobraba al rico. ¿Para qué dejar cosas buenas por un hombre inteligente, a menos que la verdad sea que este hombre también es Dios, y por lo tanto, mejor que todo lo bueno que existe? Elegir tal verdad significaría que entregarse implica intercambiar cisternas rotas por agua viva, el destino de los bienaventurados que tienen hambre y sed, que serán saciados porque creyeron lo que Dios dijo sobre sí mismo (Sal. 107:9; Jer. 2:13; Mat. 5:6). ¿Te das cuenta de que, tal como en el caso del joven rico, lo que creemos sobre Dios determinará nuestra conducta?

Si ese es el caso, sospecho que muchos de los métodos y mensajes relacionados con la santidad pueden en realidad estar alentando a lo contrario, llevando a una moralidad cultivada en la tierra, en lugar de a una justicia enviada desde el cielo. Siempre y cuando la santidad se prescriba de una forma que no suponga abordar

EL DIOS SANTO

los sistemas de creencias subyacentes que conducen al pecado, es posible que dejemos caer la pelota. Digamos que una persona decidió ir a la iglesia de alguien, sentarse en el banco y cantar las canciones, y después, hay un sermón sobre la santidad. Allí, escucha cosas como: «Toma tu cruz y muere cada día». O «No se puede servir a Dios y a las riquezas». ¿De qué le sirve esto al oyente si cree que Dios es un mentiroso? La persona que oye desobedece porque no cree que Jesús tenga vida en sí mismo, una vida real, mejor que cualquier vida superficial que el mundo ofrezca. Si esto no sale a la superficie, ¿confiará acaso en Su llamado a morir o imaginará que la vida está bien sin Él? ¿Qué sucede si no se habla del valor supremo de Dios, de cómo Él, al ser Dios, es mejor que todo lo que existe? Sin eso, ¿qué incentivo hay para eliminar a un amo menor a cambio de otro bueno? ¿Qué motivación hay para creer que Dios es más fiel que sus ingresos? Hemos llegado a la conclusión de que, para ayudar a las personas a ser santas, simplemente hay que decirles que «dejen de pecar», cuando en realidad, una transformación verdadera es una consecuencia espiritual de «[contemplar...] la gloria del Señor» (2 Cor. 3:18, LBLA).

Para eso estamos aquí, para contemplar. Para poner la mirada en un amor más alto. Para ver a Aquel del cual Adán se escondió, a quien los salmistas cantaban y del

INTRODUCCIÓN

cual hablaban los profetas, Aquel con quien los discípulos caminaban y que Jesús dio a conocer. Soy consciente de que «santo» es una palabra con mucho bagaje. Cuando decimos esta palabra, nos imaginamos el aburrimiento encarnado. Una mujer que no sonrío. Un hombre tenso que parece que nunca en su vida amó nada. Debido a nuestra experiencia con lo religioso y con cómo la religión hace que algunas personas sean más malas que la peste, tal vez pensemos que eso es la santidad. Alguien distante, frío y conocedor de las Escrituras pero que ignora el corazón. Ya sea triste o insensible, ninguna de estas cosas describe a Dios.

La santidad de Dios es esencial para Su naturaleza y fundamental para Su ser. Su santidad es lo que hace que sea bueno, amoroso, bondadoso y fiel. Sin santidad, Dios no sería hermoso, así que debido a ella, Él es eternamente atractivo. Piensa cómo sería si no hubiera santidad en Él, y tal vez entiendas lo que estoy diciendo. Si fuera soberano pero malvado, sin una justicia inherente que refrenara Su mano, no me sorprendería si el mundo ya no existiera. Si tuviera todo el poder pero sin amor, nuestra negativa de responder a ese amor terminaría en un abuso cósmico, o quizás en un millón de diluvios más, sin ningún arcoíris que prometiera alivio. Si no hubiera santidad en Dios, ¿qué significaría la salvación? ¿Qué significa ser liberado por un

EL DIOS SANTO

«salvador» egoísta? Felizmente, nuestro Dios es incomprensiblemente santo y, por ende, completamente hermoso en todos Sus caminos y Sus obras. Por eso se nos invita a adorarlo como tal, y al hacerlo, nos volvemos tan hermosos como Él.

Lo que viene después de esto es sencillo. Escribo lo que he querido leer. Las palabras que explican la belleza de Dios en Su santidad ya fueron escritas para nosotros a través de las palabras inspiradas de la Escritura, así que debes saber que no diré nada nuevo. Tan solo estoy siendo fiel a lo que creo que la Escritura ha descrito y sobre lo cual no escucho demasiado. Así que, si hay algo que deseo que esta obra haga es mostrarte a Dios. No hay nadie más grande. Nadie mejor. Nadie digno de todo nuestro ser, y creo que, a medida que lo veas como es, también querrás ser igual a Él.

Santo.

Santo, santo, santo

IMAGINA SI FUERAS UN israelita. Egipto y sus dioses son recuerdos recientes. Hay 50 días entre tú y el mar que se abrió a la mitad para que pudieras atravesarlo sobre tierra seca. Ahora, en el desierto, te dicen que dentro de tres días, te encontrarás con Dios. ¿Dios? Sí, Dios. Nunca has visto Su rostro, pero imaginas cómo será cuando recuerdas lo que ha hecho. Recuerdas el día en que el agua se volvió roja y el río se desangró. Cuando todo el polvo debajo de tus pies empezó a reptar. Cuando una mañana, el viento sopló y trajo una nube de langostas tan grande que cubrió el sol, ennegreciendo todo y comiendo todo lo verde a su paso. La última noche, en medio de esta situación, escuchaste algo que parecía una tristeza comunitaria. Recuerdas el miedo que tenías de que la angustia que se escuchaba a poca distancia se dirigiera a tu hogar... ¿un dolor ambulante? Desesperado por saber si la sangre sobre

EL DIOS SANTO

tu puerta evitaría que tu primogénito sufriera una muerte soberana, colocaste tu rostro cerca hasta sentir que respiraba. La sangre había funcionado.

Ahora, llegó el día en que tú y el resto de Israel conocerán a Dios. Es de mañana y estás en tu tienda, mirando cómo las sombras van creciendo a tu alrededor. El sol no brilla tanto como otros días, y te preguntas por qué. Mientras conversas con tu propia curiosidad, algo que suena como truenos llega al lugar donde estás. No estás seguro de si es al mismo tiempo o no, pero un segundo después del ruido, hay relámpagos por todas las nubes, como un confeti eléctrico. No hay lluvia que acompañe, pero se escucha una trompeta que nadie sabe quién toca, pero que es lo suficientemente fuerte como para que tú y todo Israel sepan que el músico no es humano. Te tiemblan las manos. El corazón se te acelera. Miras a tu primogénito y recuerdas respirar.

Ahora, están al pie de la montaña. Lo suficientemente cerca como para ver que está envuelta en humo. Lo suficientemente lejos como para permanecer con vida. Avanzas con la mirada, más allá de la parte inferior de la montaña y las partes encendidas hasta la cima, donde hay humo que sale de la boca de la montaña y se eleva hacia las nubes: el mismísimo lugar donde seguramente está el trompetista invisible. Claramente desconforme con el volumen inicial

SANTO, SANTO, SANTO

de su instrumento, el trompetista aumenta y aumenta la intensidad del sonido. Mientras suena, lo entiendes. Te das cuenta de que fuiste librado del faraón en Egipto para poder encontrarte con el Rey en el desierto. Estás empezando a reconocer la diferencia entre este Dios y los demás. Que, a diferencia de ellos, la creación hace la voluntad de este Dios, y no al revés. Este Dios parece estar por encima de todo y de todos. Es distinto de los dioses de Egipto, productos de la imaginación. Esos dioses se parecían a sus fabricantes, porque ellos también habían sido *hechos*. Ellos también eran inmorales, y esperaban de Egipto una justicia fácil de alcanzar para cualquier hijo de Eva. Este Dios no espera nada menos que una obediencia reverente de tu parte y de todo lo demás, y lo sabes. Las plagas están en tu subconsciente, como un recordatorio de la clase de Rey que estás a punto de conocer. Uno que puede usar ríos e insectos, reptiles y la naturaleza misma en tu contra. Al igual que tus manos, la montaña tiembla. Al igual que tu corazón, no puede quietarse porque ahora, por fin, en medio de los truenos, del cielo encendido y el toque de trompeta, Dios desciende de la montaña en fuego. Si antes no estabas seguro, ahora lo sabes; este Dios, este Rey, es santo.

Ustedes no se han acercado a una montaña que se pueda tocar o que esté ardiendo en fuego; ni

EL DIOS SANTO

a oscuridad, tinieblas y tormenta; ni a sonido de trompeta, ni a tal clamor de palabras que quienes lo oyeron suplicaron que no se les hablara más [...]. Tan terrible era este espectáculo que Moisés dijo: «Estoy temblando de miedo». [...] Por el contrario, ustedes se han acercado al monte Sión, a la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios viviente. [...] Así que nosotros, que estamos recibiendo un reino incommovible, seamos agradecidos. Inspirados por esta gratitud, adoremos a Dios como a él le agrada, con temor reverente, porque nuestro «Dios es fuego consumidor». (Heb. 12:18-19, 21-22, 28-29)

Dios es santo

Israel vio con sus propios ojos lo que nosotros hemos llegado a conocer por la fe, que Dios es santo. Decir que Dios es santo es decir que Dios es Dios. Todos Sus caminos, tal como Su pureza moral y cómo esto lo separa de todo lo que es perverso, falso, anárquico e injusto surgen de Su mismo ser. Nadie le dijo ni le enseñó a Dios cómo ser bueno; esa es sencillamente Su naturaleza, y no puede ser de otra manera. Tal como lo expresa Stephen Charnock: «Dios es bueno de la misma manera en que es Dios; y por lo tanto, bueno en

SANTO, SANTO, SANTO

sí mismo y de sí mismo, no por la participación de otro»¹. Su misma naturaleza es ser justo, correcto, de acuerdo con un estándar establecido de moralidad, donde el estándar es Él mismo. Somos buenos solo en la medida que nos parecemos a Dios, así que cualquier intento de ser santo es un intento de ser como Dios. Dicho de manera sencilla, ambas cosas son inseparables, la santidad y el ser de Dios.

A veces, nuestras conversaciones respecto a la santidad de Dios dan a entender que la santidad es una *parte* o un *aspecto* de Dios. Que Dios se mueve entre atributos, según decide cómo ser. Que un día, decide ser amoroso. Otro, decide ser vengativo. Si Dios fuera un pastel de manzana, la santidad sería un pedazo separado de los demás. En un plato, está la santidad; en otro, está el amor. Sin embargo, la santidad no es un aspecto de Dios; santo es lo que Él es, completamente. Sus atributos nunca están en conflicto unos con otros, ni cambian de lugar según el humor de Dios; son *Él*. «Dios es Sus atributos. Eso significa que todo lo que hay en Dios sencillamente es Dios».² Cuando Dios ama, ese amor es santo. Cuando Dios se revela como juez, derramando Su copa sobre los que la

¹ Stephen Charnock, *Discourses upon the Existence and Attributes of God*, volúmenes 1–2 (Nueva York: Robert Carter & Brothers, 1874), 221.

² Ensayo de Matthew Barrett, «*Divine Simplicity*», <https://www.thegospelcoalition.org/essay/divine-simplicity/>.

EL DIOS SANTO

merecen, no ha dejado de amar ni de ser santo. En todo lo que es y lo que hace, siempre es Él mismo.

Incluso ahora, espero que estés empezando a ver la gloria de Dios. No me refiero a algo hipotético. Como la santidad es esencial para Dios, y resplandece a través de todo lo que es y lo que hace, esto significa que nunca hubo ni habrá un momento en el que Dios no sea Dios. Para expresarlo de otra manera, nunca llegará el día en que Dios deje de ser santo; si eso fuera posible, sería el día en que Dios dejara de ser Dios. Saber esto como una verdad absoluta e inamovible tiñe todo lo que entendemos sobre los caminos y las obras de Dios.

La santidad revelada en la creación

En la creación, Dios fue santo. El hombre fue hecho para reflejar Su justicia, y Dios consideró que todas las demás cosas, como el cielo, la tierra debajo y los animales, eran buenas. Cuando Él aplica esa palabra a algo, dice la verdad, porque si hay alguien que sepa cómo usarla correctamente, es Él. El joven rico usó «bueno» cuando le habló a Jesús, frente a lo cual Jesús preguntó *por qué*. ¿Por qué llamarlo bueno si solo Dios es bueno? Esto no implicaba negar a Aquel cuya divinidad estaba velada. Implicaba afirmar que la atribución de algo bueno a Jesús era decir la verdad sobre quién era en realidad. Si es bueno, entonces

SANTO, SANTO, SANTO

es Dios. Si es Dios, entonces es bueno. Un Dios bueno hace cosas buenas. ¿Bueno? Siempre.

La santidad revelada en la caída

Después de que los primeros dos pisaron terreno impuro, llegó todo lo malo. Junto con el pecado, vino el juicio. Como Juez, Dios sigue siendo santo. Algunos seres finitos parecen no poder reconciliar esto, que el juicio es algo *bueno (santo)*. Yo no soy omnisciente en ningún sentido. Soy completamente ciega a las motivaciones que los llevan a inventar lo que debería o no debería ser cierto sobre el Santo, pero si tuviera que adivinar, diría que su falta de aplauso ante la justicia de Dios viene de su deseo de que Él sea como ellos: injusto. «Es sumamente común que los hombres se imaginen a Dios no como es, sino como ellos lo quieren; despojado de toda Su excelencia en favor de su propia seguridad».³ Si lograran lo que quieren, los culpables irían por la vida sin castigo, libres de juicio, mientras el martillo de juez de Dios permanece quieto. El problema es el siguiente: desear que Dios retenga la justicia es desear que Dios se transforme en una abominación. «Absolver al culpable y condenar al inocente son dos cosas que el Señor aborrece» (Prov. 17:15). Esto implicaría que se volviera un

³ Charnock, *Discourses upon the Existence and Attributes of God*, 172.

EL DIOS SANTO

ser abominable y detestable, más parecido a Satanás que a Él. Es algo imposible de pedir y prácticamente blasfemo, así que Dios seguirá siendo como es. Santo y, por ende, justo. «Pero el Señor Todopoderoso será exaltado en justicia, el Dios santo se mostrará santo en rectitud» (Isa. 5:16).

La santidad revelada en la redención

En la redención de las almas, Dios es santo. Por Su justicia, el Señor dio una ley. Al principio, tenía que ver con no comer. Si la obedecían con fe en la pureza y el valor del que la había dado, los dos inadaptados del jardín continuarían en Su amor. Pero al rechazarla, su naturaleza se transmitió de generación en generación. Una naturaleza que ama más las tinieblas que al Hijo. Nacido igual que sus antepasados, a Israel se le proporcionó una ley escrita. Una serie de mandamientos, de hecho, buenos, que reflejaban a Dios en su insistencia de hacer lo correcto para con Dios y los demás. Por supuesto, ninguno de ellos consideraba esta conducta algo bueno. ¿Quién *quiere* amar a Dios por encima de todas las cosas cuando hay tantas alternativas deficientes en las cuales poner nuestros afectos? Los dioses que coleccionaban eran incompletos. Se parecían a cisternas rotas, que derramaban agua por todas partes. Estos dioses inferiores no podían hacer pleno a nadie que confiara en ellos; tampoco podían trascender su naturaleza

SANTO, SANTO, SANTO

creada si se les pedía que liberaran. Sin embargo, Israel seguía amando a sus ídolos, y nosotros hacemos lo mismo.

Entonces, como se espera de Dios, el juicio debe caer sobre las cabezas de aquellos que pronuncian un indeciso: «sí, Señor». Su justicia no permite que el culpable quede sin castigo. Es cosa temible caer en manos del Dios vivo, hasta que creemos en Aquel que lo hizo en nuestro lugar. La cruz revela la santidad de Dios en cómo el Hijo sin pecado fue juzgado a favor de las personas pecaminosas de manera que, cuando Dios justifica al culpable, lo hace sin comprometer Su justicia. Entonces, el Espíritu Santo es enviado para llenarnos y santificarnos como un medio de restaurar nuestro parecido divino, ayudándonos a usar la ropa adecuada y dos buenos zapatos, y así nos ponemos «el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Ef. 4:24). Desde el comienzo, en la creación, en nuestra redención y en la final glorificación, la santidad de Dios se revela.

Santo, santo, santo

Para profundizar en lo que la Escritura quiere decir cuando testifica que Dios es santo, miremos detenidamente la visión que tuvo Isaías de Él. En el sexto capítulo del libro que lleva el nombre del profeta, está escrita la canción de los serafines. Respecto a Dios, se dicen unos a otros:

EL DIOS SANTO

«Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria» (v. 3). Observa qué palabra se repite tres veces. No es «amor, amor, amor», ni «bueno, bueno, bueno» sino «santo, santo, santo».

¿Por qué es importante esto? Bueno, en el idioma y la literatura hebreos, el uso de la repetición era una práctica común. Jesús la usaba a menudo al principio de Sus lecciones, con las palabras: «De cierto, de cierto». Con esto, Sus oyentes sabían que lo que venía a continuación era significativo y veraz. Rara vez, en la Escritura, se ve este recurso literario usado de manera triple; jamás se lo ve utilizado de esta manera para abordar un atributo de Dios excepto aquí en Isaías y en Apocalipsis 4:8 («Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso»). Con los tres «santos», los serafines están enfatizando la santidad absoluta, inalterable, esencial y total de Dios.

Decir que Dios es santo, santo, santo es decir que Dios es *supremamente* Dios. Es totalmente santo. Completamente santo. Inalterablemente santo. Absolutamente santo. Si necesitas más palabras para describir esta naturaleza enfática de la santidad de Dios, el diccionario de sinónimos ofrece estas palabras para *supremo*: *superior*, *sumo*, *máximo*, *culminante*. Así que, la santidad de Dios es increíble. Lo máximo de lo santo. Él es santo a la máxima potencia. El Señor es santo más allá de toda comparación,

SANTO, SANTO, SANTO

porque Su santidad no deriva de ninguna otra fuente. Su santidad es intrínseca a Su naturaleza divina. Es tan esencial para Él como la dependencia de criatura lo es para nosotros. De todas las canciones que podían cantarse, de todos los atributos divinos para alabar a Dios, Isaías vio a los serafines entonar una melodía sobre la santidad suprema de Dios.

Al igual que los árboles, las palabras tienen raíces. Excava por debajo del suelo de las letras, y descubrirás su definición. La raíz de «santo» significa «cortar» o «separar». Cuando se aplica a todo lo que es externo a Dios, lo que es santo es lo que está apartado para Dios. Por ejemplo, Dios santificó el día de reposo, apartándolo de los demás días como uno en el cual Su pueblo debía descansar en Él. Por eso, al día de reposo se lo considera santo en todo el Antiguo Testamento. Dios lo separó, lo apartó. En otro ejemplo, al suelo sobre el cual estaba parado Moisés se lo llamó santo, no porque la tierra fuera divina, sino porque la presencia del Santo lo santificaba, apartándolo de todo otro tipo de suelo (Ex. 3:5).

Hay un sermón del gran Tony Evans⁴, en el cual él usa una ilustración con platos para entender el término

⁴ Sermón de Tony Evans, «*The Secret to Powerful Prayer*» (15 de septiembre de 2019), <https://www.youtube.com/watch?v=EVkC-zzubWY>.

EL DIOS SANTO

«santo». En su hogar, y en la mayoría de los hogares en realidad, hay dos *clases* de platos. Están los platos comunes. Los que usas para poner las patatas fritas y llenas de ketchup. Esos platos que contienen las comidas diarias, en el día a día, para tus desayunos, almuerzos y cenas comunes y corrientes. Algunos incluso están astillados, tal vez agrietados, y si lo están, no haces un duelo al tener que tirarlos, porque de todos modos, nunca fueron especiales.

Pero hay otra clase de plato. Ese que no ve la luz del día hasta que un arbolito alto y lleno de luces multicolores lo ilumina con sus destellos en la mesa del comedor. Algo significativo tiene que suceder en tu casa para justificar su uso. Y cuando todo vuelve a la normalidad, cuando se apagaron las velitas, el papel de regalo se esparció y se recolectó, y los invitados ya se levantaron de la mesa, estos platos se limpian y no se guardan en el mismo armario que los platos de las patatas fritas y el ketchup. Esos son demasiado comunes y corrientes para tal compañía. A estos platos especiales se los coloca en un armario completamente distinto que quizás esté en otra habitación, separados de todo lo demás, porque en la casa no hay nada como ellos. Están separados, son únicos y diferentes, singulares y distinguidos de lo que se considera común. Para expresarlo metafóricamente, estos platos son «santos».

SANTO, SANTO, SANTO

Así que afirmar que Dios es santo es identificar Su posición como un ser que está separado. Pero ¿de qué o de quién está separado Dios? Los seres y las cosas santos son santos solo si están separados para Dios, pero ¿de quién está separado Dios? La respuesta es simple. Dios es único, diferente, apartado y distinto de todo lo que existe.

Si retrocedemos al principio del capítulo 6 de Isaías, el profeta observa lo que los serafines dicen sobre Dios. Dice: «El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo» (v. 1). Antes que nada, recién cuando Uzías muere, o «pasa a mejor vida», Isaías ve a Dios. Lo cual implica que, aunque Uzías está muerto, Dios está vivo. Esto tal vez parezca una verdad evidente que no tiene demasiado que ver con la santidad, pero si pensaste eso, estás pasando por alto algo importante. Dios no es santo sencillamente porque está vivo. Si ese fuera el caso, cualquiera que tuviera aliento de vida podría clasificarse como santo. Dios es santo porque *siempre* estuvo vivo, y después de que todo rey, persona, planta, estrella o luna perezca, Él seguirá *siendo*. Aunque toda la vida comienza con Dios, Él no tiene principio. Otra manera de expresarlo es que Dios *existe en sí mismo*. Existe porque existe. No necesita a nadie más que a Él para *ser*; por lo tanto, siempre ha existido y siempre lo hará.

EL DIOS SANTO

Ahora, compara a Dios con todo lo demás y dime lo que ves. Lo que espero que observes es que todo lo que existe tiene un comienzo, es un derivado y depende de otra cosa para su vida. Pablo describe a nuestra especie como criaturas, señalando que solo en Dios «vivimos, nos movemos y existimos» (Hech. 17:28). ¿Se puede decir lo mismo sobre Dios? Por supuesto que no. A esto nos referimos cuando hablamos de la *trascendencia* de Dios. Significa que Dios es absolutamente único en Su especie. Dios no existe ni puede existir de la misma manera que nosotros o cualquier otra cosa; esto lo separa de toda la creación como el ser que es diferente de ella: santo. Así que, en esto, vemos que la santidad de Dios tiene que ver con la pureza moral, sí, y también con la otredad trascendente y autoexistente. Tiene que ver con ser absolutamente perfecto y eternamente existente. Algo que, por supuesto, solo Dios es.

Isaías ve al Dios vivo y lo llama «el SEÑOR de los ejércitos» (6:5, LBLA). Si el término «señor» se usara para nombrar a otro, no necesariamente implicaría que la persona es santa. Como en el caso de Abraham, a quien Sara llamaba «señor», para mostrar la autoridad que tenía sobre ella como su esposo. O un terrateniente, al cual en un caso se lo llama «El hombre, *el señor* de aquella tierra», el cual «nos habló duramente y nos tomó por espías

SANTO, SANTO, SANTO

del país» (Gén. 42:30, énfasis añadido). En estos casos, «señor» comunicaba el sentido de «propiedad», o «derechos» que alguien tiene sobre algo. Lo que diferencia al Señor tal como Isaías lo ve de lo que Abraham era para Sara como esposo, es que allí hay una propiedad de pacto en juego, mediante la cual ella le pertenece a él y él a ella (1 Cor. 7:4), pero Abraham nunca podría reclamar una autoridad soberana sobre su esposa o cualquier otro ser humano. No puede tratarla como si ella existiera gracias a él, o como si su vida y su ser dependieran en última instancia de él. Al Señor se lo alaba como santo porque los títulos «Rey» y «Señor de los ejércitos» implican que no es tan solo el dueño de algo; es el dueño de todo: el Rey de toda la tierra y gobernador de todas las huestes celestiales. No tiene apenas algunos derechos, sino derechos irrevocables sobre todo lo que hizo, porque todo lo que fue hecho proviene de Su mano, para Su gloria.

Él es Señor porque es el Rey y el Creador. De Él salieron todas las cosas, los cielos y la tierra, por supuesto. El mundo le pertenece, con sus cerros y el ganado que lo conoce como Hacedor: «pues míos son los animales del bosque, y mío también el ganado de los cerros. Conozco a las aves de las alturas; todas las bestias del campo son mías» (Sal. 50:10-11). Dios es Señor sobre los cielos, la tierra que nos sostiene, y Señor del cuerpo que tanto nos

EL DIOS SANTO

afanamos por guardar para nosotros. «El cuerpo no es para la inmoralidad sexual, *sino para el Señor*» (1 Cor. 6:13, énfasis añadido). Con el Señor, hay una regla soberana que se ajusta a Él como Amo de todo y siervo de nadie.

La autoridad de Uzías sobre la pequeña parte del mundo que Dios le permitió gobernar estaba limitada en tiempo y alcance. Judá, con sus millones de habitantes, era apenas polvo comparado con el universo sobre el cual Dios es Señor. Su reinado, es decir, el de Uzías, duró 52 años. Eso no es poca cosa, pero no se compara con la eternidad sobre la cual Dios siempre reinará. Él es Rey de reyes y tanto más, «Porque el Señor tu Dios es Dios de dioses y Señor de señores; él es el gran Dios, poderoso y terrible» (Deut. 10:17). Ningún ser existe como soberano sobre todo; tan solo Dios, santo.

El Dios santo está vivo y bien, y reina sobre todos los que tienen algún lugar de importancia. El estado del trono de Dios se percibe «alto y sublime» (Isa. 6:1, LBLA). Tal vez consideres que es una mención de altura, y en cierto sentido, puede serlo, pero no se trata tan solo de posición geográfica, sino de preeminencia. La altura tiene que ver con un estado de supremacía. Habla de la excelencia de Su ser. Dios es alto y sublime, porque es superior sobre todas las cosas. Es infinitamente valioso porque solo Él es Dios. Él es «el excelso y sublime, el que vive para siempre,

SANTO, SANTO, SANTO

cuyo nombre es santo» (Isa. 57:15). Consideramos que la tierra es algo especial, y esto se debe a que Dios la hizo de esa manera, pero incluso con toda su gloria derivada y su valor percibido, para Dios, es como un mueble sobre el cual apoya los pies. «la tierra [es] el estrado de mis pies» (Isa. 66:1).

En otras palabras, Dios reina con un poder que no tiene que pedirle a nadie. Sostiene la órbita del sol y su calor con una fuerza que ni Sansón conoció. Es majestuoso, un Rey sin igual. Todo trono debajo de Él es minúsculo y no se compara. Sus caminos son altos y *superiores* a los nuestros, porque Él lo es. Es el Altísimo, exaltado sobre todo lo que existe, porque todo lo que existe puede ser bueno, pero nunca será Dios. Todo lo maravilloso que hayas conocido —el amor, la comida, el sexo, la risa, los amigos, los padres, los hijos, el sueño, el trabajo, el dinero, etc.—, no puede competir con la belleza de Dios. El Altísimo se llama a sí mismo el Santo, y pregunta: «¿Con quién, entonces, me compararán ustedes? ¿Quién es igual a mí?» (Isa. 40:25). Nadie, Señor; santo.

Como si el canto no fuera suficiente para abrumar al profeta, la visión de Dios, las orlas de Su manto que llenaban cada centímetro del lugar, sin dónde ir y sin fuerza para moverse, se estremecieron los cimientos (v. 4). Cuando el templo tembló, Isaías no adoró. Sabía todas las cosas

EL DIOS SANTO

correctas para decir, cosas verdaderas. Que delante de Él estaba «el Señor de los ejércitos» (6:3, LBLA) y el «Fuerte de Israel» (1:24). Podría haberse unido a la canción de los serafines, mientras ellos se llamaban unos a otros hablando del Rey, en un himno santo. Pero decidió no hacerlo, eligiendo en cambio que su primera palabra fuera un conocido: «Ay».

«¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!» (6:5). Después de ver al Dios santo, Isaías se vio a sí mismo. Al instante, supo que, entre él y Dios, había solo uno que era santo. En la presencia del Señor, su culpa era evidente, sus pecados brillaban, descubiertos, expuestos y a plena vista. Estridentes, sin un botón para silenciarlos o un dedo para acallar el ruido. Confesó la profanación de su lengua, la cual comunicaba la contaminación inherente a su naturaleza.

De todo lo que podría haber hecho, ¿por qué vemos que Isaías confiesa? ¿Por qué salen *palabras* de él en un momento como ese? Porque la boca revela lo que hay en el corazón. Jesús habló de esto cuando dijo: «Pero lo que sale de la boca viene del corazón y contamina a la persona. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los

SANTO, SANTO, SANTO

robos, los falsos testimonios y las calumnias. Estas son las cosas que contaminan a la persona» (Mat. 15:18-20a). Ser un hombre de «labios impuros» implicaba ser un hombre impuro, y punto.

¿No es interesante cómo la simple proximidad a Dios crea una autoconciencia moral en Isaías y en los demás?⁵ Hay algo tan puro respecto a Dios que, aunque sea tácito, cuando estamos cerca de Él se vuelve evidente que nada es como Él, en especial en cuanto a justicia. No es como si Dios hubiera *hecho* algo para que Isaías quedara aterrado. Ni siquiera le dijo que era santo; los serafines se lo dijeron. Dios no se movió, no se acercó, no se levantó ni se inclinó; sencillamente, se mantuvo *sentado*, y eso fue suficiente para que Isaías viera su propia maldad. La mera cercanía hizo que fuera imposible no ver el corazón de Isaías y sus caminos. Además, se discernían de manera veraz. Él sabía que sus labios eran *impuros*, y también su pueblo. Permitió que la realidad determinara cómo se percibía, en lugar de usar alguna palabra linda y difícil de condenar. Era un profeta más honorable en su manera de hablar y vivir que el contexto contra el cual había sido llamado a profetizar. Si se hubiera parado allí y, en su mente, hubiera comparado la naturaleza de su lenguaje con la de aquellos

⁵ Esto se explora con mayor profundidad en el capítulo 2, cuando consideramos la interacción entre Pedro y Jesús.

EL DIOS SANTO

que llamaban a lo malo bueno y a lo bueno malo, tal vez se habría considerado puro. Pero delante de Dios —Aquel en cuya boca no hay engaño, cuyas perfecciones son inalcanzables, cuyo estándar supera las nubes y cualquier cielo que podríamos tocar por nuestra cuenta—, Isaías sabía que era un pecador.

La cualidad dramática de la claridad de Isaías respecto a su pecaminosidad resalta la excelencia moral del Señor que la provocó. La intensidad de lo que descubrió sobre sí mismo es lo que prueba que el Dios excelso y sublime también es *luz*, en el sentido de moralmente puro. «Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad» (1 Jn. 1:5). La luz se suele usar como metáfora de justicia. En Proverbios, «Mas la senda de *los justos es como la luz* de la aurora» (Prov. 4:18, LBLA, énfasis añadido). En Filipenses, «Háganlo todo sin quejas ni contiendas, para que sean *intachables y puros*, hijos de Dios *sin culpa* en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes *brillan como estrellas* en el firmamento» (Fil. 2:14-15, énfasis añadido). A Jesús se lo llama «la luz del mundo», el cual dará al que lo siga «la luz de la vida» (Juan 8:12).

Como Dios es luz, no tiene oscuridad. No hay ningún mal dentro de Él. Ningún corazón imperfecto o manos impuras. Sus pensamientos siempre son buenos, Sus motivaciones siempre son puras. Tozer comentó sobre la

SANTO, SANTO, SANTO

santidad de Dios: «Él es el absolutamente santo, con una plenitud incomprensible e infinita de pureza que es incapaz de ser distinta de como es»⁶.

En la mañana, cuando el sol sale y brilla sobre tu lugar en el mundo, míralo si puedes y recuerda que el Dios santo es más brillante aún. La luz radiante e incandescente que irradia de Dios tiene un efecto iluminador. Como sucede con cualquier fuente de luz, quita toda sombra, nos señala lo que estaba escondido detrás, delata la oscuridad y la obliga a reconocer los secretos que no pudo guardar. Cualquiera que ame el mal detesta la luz debido a esto. «Pues todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no se acerca a ella por temor a que sus obras queden al descubierto» (Juan 3:20). El hombre contemporáneo mantiene la Biblia cerrada en un intento de sofocar su luz. Otros fabrican medias verdades sobre Dios o rechazan la ortodoxia como una manera de mantener afuera al Hijo. Isaías no hizo ninguna de estas cosas, y no podría haberlo hecho aun si hubiese querido. Porque junto al trono del Santo, la virtud suprema de Su mismo ser obligó a que todo lo que había en Isaías que no se parecía a Dios saliera de su escondite.

En el capítulo 6 de Isaías, se nos proporciona una visión de Dios que prepara la mesa para nuestra santa

⁶ A. W. Tozer, *El conocimiento del Dios santo* (Florida: Editorial Vida, 1996), 116.

EL DIOS SANTO

comuni3n con ó. Como ya vimos, Su santidad es tanto Su trascendencia como Su pureza moral. Tanto Su valor increíble sobre todas las cosas como Su compromiso irrevocable con la honra de Su nombre. Un Señor que usa Su poder para bien. Un Rey sin mancha. En un trono independiente del tiempo. Es sublime y excelso, y sin embargo, es lo suficientemente santo como para humillarse hasta la muerte. Y volvi3 a levantarse para sentarse en Su lugar legítimo, donde las criaturas cantan lo que es cierto sobre  (Apoc. 4:8). A través de , recibimos un reino inmovible. Al acercarnos a , nos hemos encontrado con Dios. Y ahora sabemos lo que quizás no sabíamos antes. Que este Dios y Rey es santo.